

bienhechor, toméle la mano, y le dije: "El os procuró el primer *rinconcito* y vos habeis venido acompañándole al último que á todos nos espera..... Ya lo veis, Dios nos ha colocado en la tierra para que mutuamente nos cuidemos hasta el sepulcro."

Una visita al emperador del Gran Mogol.

Pocos habrá sin duda entre vosotros, hijos míos, que no hayan oído hablar, una vez siquiera, del Gran-Mogol, de ese vasto imperio que en otro tiempo comprendía las provincias más hermosas de la India; y si por casualidad hubiese llegado á vuestras manos alguna antigua relacion de viajes, á causa de las portentosas descripciones de que la visteis llena, habriais creído seguramente que leiais algun cuento de las Mil y una Noches; esto es porque, durante muchos siglos, se sucedieron allí, sin interrupcion, príncipes conquistadores cuya única ambicion fué la de acumular en la ciudad capital de Delhi, los tesoros y despojos de toda el Asia. De manera que los soberanos del Gran-Mogol ostentaban en ciertas ocasiones una magnificencia de que no pudieran daros idea nuestras más brillantes solemnidades europeas. Un viajero francés del siglo XVII, llamado Tavernier, refiere que el trono en que estaba sentado el emperador valía sobre ciento sesenta millones de libras, es decir, sobre doscientos cincuenta millones de nuestra actual moneda. Doce columnas de oro adornadas con gruesas perlas sostenian el dosel del trono; este dosel estaba guarnecido de perlas y diamantes y superado de un pavó real, cuya cola no se componia sino de piedras preciosas.

¡Mas ay! el antiguo esplendor del Gran-Mogol ha decaído hoy mucho y cerca de cien años de guerras desastrosas le han reducido á no ser ya sino una parte mediana de las posesiones que tiene la Inglaterra en la India; y su emperador que descende del célebre Tamerlan en línea recta tambien conserva apenas un débil resquicio de poder. No le han dejado los ingleses sino los honores de soberano, y le consuelan de un desprestigio con una pension anual de cuatro millones de francos.

No hay cosa más interesante que la relacion de una visita que hizo hace diez años á aquella sombra de monarca, nuestro célebre compatriota Victor Jacquemont, viajero infortunado que, despues de haber em-

pleado tres años en explorar la India, fué á morir en Bombay en 1832, víctima de su amor á las ciencias.

Habiendo llegado Jacquemont á Delhi, ofrecióle el enviado inglés que le presentaria al emperador, proposicion que con viva satisfaccion fué aceptada. S. M. I. tuvo la bondad de reunir su córte para recibir al ilustre viajero, á quien se condujo al palacio con una extraordinaria pompa. Un regimiento de infantería, un escuadron de caballería y todo un ejército de criados, ugieres, &c., componian su comitiva que se terminaba coa una manada de elefantes adornados con riquísimos caparazones.

El palacio del emperador del Gran-Mogol tiene fama de ser uno de los más hermosos monumentos de Asia. Es un vasto conjunto de edificios de granito encarnado, circuido de elevadas y fuertes murallas, y que tiene un profundo foso sobre una milla de circunferencia. Con arreglo al énfasis oriental, el ugier, al anunciar que se presentaba nuestro compatriota, dióle el título de *señor vencedor en la guerra*; y cuando le admitió el emperador en su presencia confirióle un *khelat* ó traje de honor, que se le puso, con gran ceremonia, bajo la direccion del primer ministro. En seguida el emperador, con sus propias manos, puso en el sombrero gris del francés, que antes habia disfrazado de turbantes, un doble adorno de piedras preciosas. Gran trabajo tuvo Jacquemont (segun él lo refiere) para poder conservar seriedad durante aquella especie de comedia; "afortunadamente, dice, no habia espejos en el salon del trono y no podia yo ver, de aquel mi traje de máscara, sino mis largas piernas con pantalon negro que salian por debajo de mi bata turca de dormir."

El emperador era un venerable anciano de grallarda presencia y larga barba blanca; su melancólico semblante era el de un príncipe que habia sido desgraciado toda su vida. No tenia una idea muy distinta de nuestra patria, puesto que preguntó si habia rey en Francia y si se hablaba inglés allí; lo que en particular pareció llamarle la atencion, fué el aspecto extraño que le presentara nuestro compatriota con sus cinco piés y ocho pulgadas de estatura, su largo cabello, sus anteojos y su traje oriental por sobre su frac negro hecho á la moda de Paris.

La audiencia duró sobre media hora, y despues de ella retiróse Jacquemont en procesion seguido de su séquito. Tocaron marcha los tambores cuando pasó por delante de las tropas con su bata de muselina bordada. "¡Ah!" escribió con gracia á su padre; "¡que no hubieseis presenciado aquello para que os hubieseis regocijado de los honores que se tributaban á vuestro vástago!"

De suerte que el Oriente, del cual no se hablaba hará apenas un siglo sino con una especie de respeto y temor, no presenta hoy ya á los via-

jeros, en sus costumbres y sus usos, sino un objeto risible y burlesco; esto consiste en que pasaron las épocas de sus conquistas, y la Europa, avergonzada de su terror, se venga hoy con el escarnio de lo que por espacio de tanto tiempo la intimidara.

Jacquemont, algunos dias despues de haber salido de Delhi, se divirtió en varias funciones de caza, ya con los naturales de aquel lugar, ya acompañado de ingleses. En los ejercicios de este género los mayores peligros que se corren provienen mas bien de las caídas del caballo que se monta, que de los animales que se cazan; por esta razon nunca se va á cazar en la India sin que se lleve un cirujano, pues siempre hay en esta diversion alguna pierna rota, algun hombro dislocado.

Los leones y los tigres se cazan ordinariamente, no á caballo, sino con el auxilio de elefantes. Cada cazador se halla metido en un cajon muy elevado que está atado sobre el animal; siempre lleva á su lado dos fusiles y un par de pistolas. Suele suceder, aunque raras veces, que el tigre, viéndose acosado, brinque sobre la cabeza del elefante; pero no resulta mas desgracia que la del conductor, á quien se pagan 25 francos al mes para que se esponga á todos peligros. En caso de que muera este infeliz, lleva al menos el triste consuelo de saber que su muerte pronto será vengada, pues el elefante no se está ocioso con la trompa cuando siente que algun tigre le peina, y el cazador acaba con la fiera disparándole á quema ropa.

Ademas, en la parte posterior del elefante, encuéntrase otro infeliz, cuyo empleo ostensible es el de llevar un parasol por sobre la cabeza del cazador, pero cuyo verdadero servicio es el de que le devore el tigre, cuando por casualidad acontece que sea poco aguerrido el elefante y huya al ver que el tigre va á abalanzarse sobre sus ancas.

Ninguna desgracia aconteció en las funciones de caza á las cuales asistió Jacquemont. Hubo una de ellas en que se componía la comitiva de 17 elefantes y 400 ginetes indígenas. Los ingleses y él situáronse en el centro; en las alas desplegóse la caballería; y con dos tambores que tocaban marcha, entraron al desierto, el cual forman inmensos y arenosos planios cubiertos de arbustos espinosos y salpicado aquí y allí de corpulentos árboles: pero para los elefantes no habia obstáculos; arrancaban con mucho trabajo los árboles que les obstruian el paso, y tambien las ramas que podian molestar á aquellos que encima llevaban, y cuando estos árboles se encontraban muy inmediatos unos á otros, para que la caballería pudiese pasar por entre ellos, se replegaba, y esperaba á que pasasen los elefantes, que dejaban abierto un amplio espacio. Donde su caballería podia operar con libertad, formábase de parte á parte en sem i

círculo, á gran distancia, recorria todo el espacio circunvecino, y arrojaba hácia el frente de los elefantes toda la caza del planio. Los cazadores, que la vez de que estamos haciendo mencion, no eran sino seis, mataron liebres y perdices á centenares: una hiena y varios jabalíes fueron heridos, al menos al parecer; pero esto quedó en duda, pues muchos ginetes que corrieron en su persecucion no les pudieron dar alcance. Encontráronse tambien varias manadas de gacelas, pero sin que se pudiese llegar á ellas á distancia de tiro de fusil; y en suma volviéronse los cazadores muy disgustados por no haber percibido ni siquiera indicios de leones ó tigres.

Los ingleses habian preparado, para cuando se regresase de la caza, una fiesta que se debia celebrar bajo una inmensa tienda de campaña que estaba iluminada como un salon de baile: y para que nada faltase la funcion, despues de una esquisita comida, mandáronse traer cómicos y bufones persas. Sus estravagantes disfraces divirtieron mucho á los concurrentes. El dia siguiente repitióse la cacería, sin que diese mejor resultado: duró ocho dias consecutivos, y no cesó sino cuando se hubieron recorrido los bosques todos de la comarca, arruinado las aldeas que all habia y consumido cuanto habia que comer en ellas.—Jacquemont, durante sus peligrosas escursiones, no encontró una sola vez un tigre ó algun otro animal de esta especie; únicamente aconteció que cierta noche habia desaparecido de su campo una cabra, y habiéndose oido á corta distancia de él algun rumor en un matorral, se decidió á disparar dos fusilazos. Hecho esto, aventuráronse sus sirvientes á registrar el matorral, y encontraron en él la cabra ahogada. Esta fué la única vez que le aconteciese un incidente de este género, y que pudiese en realidad creer que se encontraba en un país que nosotros nos representamos como muy infestado de fieras.

SAN VICENTE DE PAUL.

Vicente de Paul nació en la aldea de Ranquines, en aquella parte de la Francia que hoy se denomina el departamento de los Landes (Páramos). Guillermo de Paul su padre, y su madre Beltrana de Mauras, eran unos pobres habitantes del campo que criaban con sumo trabajo á sus hijos. Pero aunque poseian pocos bienes de fortuna, tenían en cam-

bio un tesoro infinitamente mas precioso que todas las riquezas del mundo, el amor á Dios y al trabajo.

Siendo necesario en aquella numerosa familia que cada cual se hiciese útil segun su edad y sus fuerzas, encomendóse á Vicente, que era muy niño aún, del cuidado de los rebaños. Desde su edad mas tierna anunció este niño lo que con el tiempo seria, pues no podia ver padecer al desdichado. Una vez dió á un mendigo treinta sueldos, único fruto que poseyera de economías á que por mucho tiempo se sujetara. Cuando se le enviaba á buscar harina al molino del lugar, sucedia con frecuencia que abriese el saco en que la llevaba y diese muchos puñados de ella á los pobres que al paso encontraba. A estas dotes del corazon unia las prendas del ánimo; y su padre, queriendo aprovechar sus escelentes disposiciones, se resolvió á darle educacion, aunque el acto de separarse de él le costase un pesar infinito: ¿qué no puede el amor de un buen padre para con un buen hijo!

Púsole, pues, á la edad de doce años, bajo la direccion de los reverendos padres franciscanos; é hizo tantos progresos Vicente, que en breve se vió en la posibilidad de enseñar á sus condiscípulos. Lo que se hacia notar en él era, no tanto la ciencia y el talento, como su grande mansedumbre, su inmenso candor y su piedad sólida, virtudes sin las cuales no es digno de aprecio el ingenio. Habiéndosele destinado á la carrera de la iglesia ordenóse con alborozo y desde entonces dió principio á aquel laborioso ministerio en que se distinguió dia con dia por medio de nuevos beneficios.

Habiéndose visto en la necesidad de pasar á Marsella para recojer una herencia quiso regresarse por mar; pero el Mediterráneo estaba lleno de piratas (ladrones del mar), y estos forajidos, que se desprendian de las costas de Africa, atacaron el bajel en que iba Vicente, se posesionaron de él y lo hicieron prisionero; habiéndose vuelto á su país vendieron en él á Vicente como esclavo. Este sin embargo no se desalentó porque tenia esperanza en Dios; y habiéndose puesto á predicar el Evangelio á aquellos infieles que no conocian á Jesucristo, tuvo la felicidad de convertir muchos. Logró convertir hasta su propio amo, y se regresó con él á Francia.

Algun tiempo despues ocurrió que Vicente de Paul, hallándose en París, oyese decir que algunos Galeotes á quienes se debia trasladar á Marsella, estaban encerrados, en tanto que llegaba el momento de marcha, en calabozos húmedos donde padecian mucho. Inmediatamente corrió á verles y encontró á aquellos infelices en tal grado postrados por las enfermedades y la miseria que les afligian, que concibió el noble designio

de mitigar sus males. Consiguió á este fin el permiso de trasladarlos á una habitacion mas sana donde intentaba prestarles él mismo los consuelos que la religion proporciona; y estos hombres que estaban llenos de enormes crímenes, volviéndose mansos y apacibles á su voz, escuchábanle como á su padre.

Habiendo llegado á noticia del rey Luis XIII tan precioso rasgo, nombróle capellan general de las galeras de Francia. Pero Vicente no vió en este honroso título sino un nuevo gravámen. Trasladóse al punto á Marsella donde empleó los dias y las noches visitando las cárceles y consolando á los galeotes. No era ya hombre, era un ángel, era un hombre que habia descendido en medio de aquellas pobres gentes para conducirlos al bien conduciéndolos á Dios.

Allí fué donde, amados niños, operó Vicente de Paul uno de aquellos milagros en los cuales no se creeria si no se supiese de cuanto es capaz la virtud cristiana. Habia observado, al visitar la cárcel, que un galeote estaba continuamente llorando y parecia próximo á morir de angustia. Un dia en que este hombre estaba al parecer mas aflijido que de ordinario acercóse á él con afabilidad Vicente, y le preguntó por qué se apesataba de aquella suerte.

—¡Ay de mí! contestó el galeote, una muger tengo y dos chiquitos que se estarán muriendo de hambre, y no es posible ampararles. En otro tiempo trabajaba para sustentarles; ¿qué será de ellos ahora que no tienen apoyo?

Estas palabras enternecieron al sacerdote hasta hacerle derramar lágrimas, porque sabia que se habia sentenciado injustamente á aquel hombre.

—Id, díjole, á reuniros á vuestra muger y vuestros hijos, voy á ocupar yo vuestro lugar, y ninguno sabrá que habeis desaparecido.

Entonces, aprovechándose de un momento en que nadie le veia, quitó Vicente de Paul las cadenas al galeote, hizo que á él mismo las pusiesen, y permaneció en tal estado muchas semanas, sin que nadie echase de ver su sublime ejemplo de abnegacion.

Constantemente se veia á este santo religioso donde habia algun bien que hacer ó algun mal que curar. Fundó las congregaciones de los misioneros y de las hermanas de la caridad, de aquellas piadosas doncellas que se apartan del mundo, que abandonan los bienes de fortuna y á sus familias, para cuidar á los enfermos y servir á los pobres. Son esos mismos que veis en nuestros hospitales bajo el bendito nombre de Hermanos de la Caridad.

Todavía no quedó Vicente satisfecho con esto. Habreis oido hablar sin

duda de esos desventurados niños á quienes abandonan sus padres, y á quienes se ha dado el nombre de *niños espósitos*. Pues bien: hubo un tiempo en que nadie les amparaba. Moríanse de hambre ó de frío en el lugar donde se les dejaba, y en las ciudades grandes, como Paris, encontrábaseles todos las mañanas frios, exánimes, tendidos al pié de las guardarruedas de las esquinas ó debajo de las portadas de las iglesias. No pudo Vicente de Paul ver con indiferencia este espectáculo. Procuró en favor de aquellos inocentes la conmiseracion de los ricos, y reunió suficientes limosnas para fundar el primer hospicio de *niños espósitos*. Aquella fué, amiguitos míos, la obra mas preciosa que se hiciese durante aquella vida llena de buenas obras.

Con respecto á Vicente de Paul todavía tendria muchas cosas que decirnos, muchos rasgos virtuosos que relataros; pero prefiero dejaros por despedida este grato recuerdo.

Vicente de Paul murió á la edad de 85 años. Mucho tiempo le lloraron los pobres porque habian perdido en él su mejor apoyo. Pero era necesario que al fin diese Dios al alma de su siervo el premio de que se habia hecho digno.

Colocóle la Iglesia en el número de los santos que venera, bajo el pontificado de Clemente XII, en 1737, y celebramos su festividad el domingo pasado.

LA PRIMERA CRUZ DE LA ESCUELA.

Algunos dias hacia que se veia dar vueltas por el palacio real de Estocolmo, á la hora en que acostumbra salir el monarca, á un anciano que pasaba de los ochenta; su aspecto era el de un hombre muy desgraciado. Uno de los guardias del castillo á quien la continua presencia de este hombre habia inspirado alguna desconfianza, le hizo prender y conducir al cuerpo de guardia. Registróse allí al desconocido y encontrósele una carta dirigida al rey, y una crucecita de plata atada á una cinta blanca muy vieja, de la cual no quiso desprenderse. Repentinamente el redoble de los tambores indica que va á salir el monarca. Escapóse el pobre anciano de sus custodios, precipitóse al patio y arrojóse, todo tembloroso á los piés del príncipe. “Señor, díjole, presentándole la crucecita de plata, habeis ganado tantas batallas, tantas cruces desde la última vez

que dejé de veros, que es muy posible que os hayais olvidado de la primera que recibisteis en vuestra vida; yo soy, señor, quien os la di, y antes de morir he querido devolvérosla.”

Este anciano era el antiguo maestro de escuela de la aldea donde habia nacido el niño Bernadotte, en la actualidad rey de Suecia. El monarca, enternecido, hizo levantar á su preceptor de otros tiempos, le dirigió palabras respetuosas, y le asignó una pension para el resto de su vida. Mas ¡ay! estaba escrito que no habia de gozar de esta felicidad mucho tiempo el anciano; murió á los pocos dias á consecuencia de la demasiado fuerte emocion que le habia ocasionado esta escena.

EL HAZ DE LEÑA.

Las nueve de la mañana serian, y hácia mediados de Julio, cuando una señora jóven y de una fisonomia distinguida salia del bosque de Fontainebleau por la reja de Avon. Engolfada en las delicias de alguna grata meditacion, caminaba con lentitud sin que supiese al parecer hácia donde la llevaban sus pasos, cuando súbitamente llamó su atencion una anciana que acertó á pasar agobiada bajo el peso de un enorme haz de leña. Los vestidos que cubrian á aquella desdichada muger estaban hechos tiras, y sus descalzos piés, que habian sin duda maltratado las piedras del camino ó las zarzas del bosque, veianse en algunas partes manchados de sangre. La jóven dama, dolorosamente conmovida al aspecto de tanta miseria, íbale acaso á dirigir algunas preguntas, cuando una muchahuela que salió precipitadamente de una veredilla inmediata, cortó el hilo de sus pensamientos.

—¡Ea, buena anciana! dijo á la pobre lugareña aquella niña que al parecer tendria doce años, sois demasiado anciana para caminar, con el calor que hace, cargada con tan enorme peso; ¡qué lastimados teneis los piés y qué empapada de sudor la frente! Detengámonos un momento á la sombra de aquel nogal; allí tomareis vos mi canastita que no contiene mas que helecho y yo os tomaré vuestro haz, que cargaré hasta Changy.

—¡Vaya, vaya! contestó con voz temblorosa la anciana; un peso como este basta para aplastar á tres muñecas como tú, mis ojos; lleva tú